

## CANTANDO BAJO LA LLUVIA

Hoy no estaba nervioso.

Ahí estaba ella.

Dejó de escribir, y aún agachada sobre la mesa, me miró por encima de las gruesas gafas rojas, con cara de póquer durante un par de segundos. Lo notaba...

Depositó el bolígrafo sobre el cuaderno y se recostó en el respaldo de la silla con los brazos bajo el pecho.

Medio sonrió.

La conocía bastante bien. Y ella a mí.

Durante un año había desplegado mi afición al melodrama delante de ella, en todo su esplendor.

Se la veía cómoda y tranquila en la silla, acariciaba los pulgares uno con otro, y pronunció ESA frase:

-¿Cómo te sientes?

Y le conté.

Le conté que el cielo inundaba mis ojos y me hacía respirar más hondo que en toda mi vida, que notaba como todos mis músculos reventaban de energía.

Le conté que olía a verde y a barro reciente.

Le conté que cuando mis pies se hundían en las sendas mullidas de hojas caídas comenzaba a cantar y me deslizaba cada vez más deprisa pendiente abajo, al filo de cada roca, de cada salto, de cada rama en el camino. Respetando, saltando cada vez más deprisa.

Le conté que cuando me duele el cuerpo, puedo apretar los dientes y seguir con dolor, que el dolor me hace consciente del esfuerzo y de la vida, me hace sentir fuerte, seguro, vibrante.

Le conté que sigo las marcas rojas y blancas, que nadie me obliga, que me siento libre de hacerlo. Las veo en la roca mojada, brillando, y en la corteza del árbol, escondida, esperando a que las veas.

También le conté que al terminar, tengo las piernas llenas de arañazos, alguna uña del pie negra que seguro perderé, ampollas varias, rozaduras en cualquier lugar imaginable, y puedo llenar un cubo de 5 litros escurriendo mi camiseta y mi pantalón.

Y que no puedo quitarme la sonrisa de la cara. Ni la sensación de plenitud y calma del pecho...

Me sigue mirando.  
Se agacha a escribir.

Y ME DA EL ALTA.

Ya no debo volver más.  
He encontrado mi camino. Un camino imperfecto.  
Lleno de altos y bajos, de escollos, de piedras.  
Ahora blando y amable, ahora puntiagudo y brutal.  
Luminoso y lóbrego.

Como cualquier día a día.  
Cantando bajo la lluvia.

Y soy capaz.

La voy a echar de menos, con sus gruesas gafas rojas, y su mirada de póquer.